de su triunfo; por todos lados reinaba el movimiento y la vida.

Entre tanto, llegaron de Veracruz los equipajes, y comenzaron á hacerse nuevos preparativos de viaje, no ya hácia el mar, sino para volver á la *hermosa capital de México.*

—

CAPITULO IX.

Partida de Orizaba.—Encuentro del emperador con Danó y Castelnau en Xonaca.—Cuestion aduanal.—Junta en Palacio.—Victoria de Miramon cerca de Zacatecas.—Derrota de este en S. Jacinto.—Orden del dia al ejército.—El emperador toma el mando de las tropas.

SALIÓ de Orizaba el emperador en la mañana del 12 de Diciembre. La escolta, mandada por el coronel Kodolitsch, se componia de los húsares y del regimiento de gendarmería, en el cual la mayor parte de los soldados eran estrangeros. Viajaban con el emperador, ademas de las personas de su séquito, los ministros, los cuales en virtud de las instrucciones que recibieron deberian haber salido mucho ántes. Pero se aguardaron á partir con el príncipe, para poner sus preciosísimas personas bajo la proteccion de una buena escolta. El tan anhelado regreso del emperador á la capital sirvió á los ministros de ocasion para dar la última noche un banquete, al cual, como era justo, no podia faltar el padre Fischer, que tan maestramente les habia conducido á lograr el intento. Festejóse la nueva era con espumoso champagne; mas el padre Fischer, cuyo ardor en este terreno era tan notorio, hubo seguramente de escederse á sí mismo aquella noche, pues que á la mañana siguiente se me quejó de una feroz jaqueca.

Durante el camino se le fué agravando mas y mas, y en Acultzingo, en donde paramos á medio dia, tan malo estaba el pobre padre, que declaró serle absolutamente imposible dar un paso mas. La indisposicion del padre afligió sériamente á los ministros. No tanto por simpatía personal hácia él, cuanto por el temor de perder en tan críticos momentos su mejor apoyo cerca del emperador, se resistieron á abandonar á su fiel y activísimo aliado.

Se habló, se discutió como si se tratara de un grave asunto de Estado, y los ministros acabaron por declarar que no podian dejar abandonado al padre enfermo, é hicieron proponer al emperador que se suspendiese el viage hasta tanto que el padre Fischer, quien segun todas las apariencias presto deberia mejorarse, estuviese en estado de soportar la fatiga del camino.

Preguntóme el emperador si la tal enfermedad era cosa séria; mas cuando le hube asegurado que solo eran consecuencias del banquete de la víspera, y que nada habia que temer, se decidió á continuar tranquilamente su viage, mandándome que dijese al padre que se le reuniese tan pronto como estuviese en disposicion de caminar. Manifesté esta determinacion á los ministros; y ellos, creyendo que se debia á mis sugestiones, se manifestaron muy resentidos de mi poca consideracion; no se calmaron, sino cuando declaré terminantemente al general Miramon que tal era la voluntad del emperador.

Quedóse aquella noche el padre Fischer en Acultzingo; al dia siguiente por la mañana se puso en camino, y se nos reunió en el Palmar, en donde pasamos la segunda noche.

Llegamos el 14 á Xonacá, rancho situado á un cuarto de hora de distancia de Puebla, á cuyo obispo pertenecia antes.

No habia querido Maximiliano ir á parar á la ciudad, por sustraerse á toda demostracion ruidosa; pero no logró evitarlo del todo, por cuanto salió de Puebla á encontrarlo una

multitud de gente en coche, á caballo y á pié, festejando su llegada á Xonacá con toda la vivacidad mexicana.

Allí por fin tuvo lugar la tan dilatada entrevista del emperador con el general Castelnau.

Dos veces le recibió el emperador: la primera en compañía del enviado frances, la segunda á él solo. Ya se deja entender que yo no estuve presente ni la una ni la otra vez; pero á poco rato me habló el emperador de lo tratado en ambas audiencias.

"Hé atacado realmente á Castelnau," me dijo entre otras cosas el emperador; "era cosa de gusto el ver el apuro en que se encontraba; en semejantes ocasiones no se deben olvidar ni aun los recursos mas pequeños." Y marcándome en la estancia el sitio exacto, continuó: "Coloquéme yo de tal manera que me quedase en la sombra; con lo cual Castelnau, deslumbrado como estaba, no podia verme sino vagamente, mientras que yo sí veía con toda claridad en su fisonomía la impresion que le iban causando mis palabras."

No me quedó la menor duda acerca de lo que el emperador contestó; por otros muchos indicios pude cerciorarme, de que el tenor de esa respuesta fué el mismo que el de la que dió á la carta de Napoleon. Teniendo por base el tratado, no dejó pasar la oportunidad de espresarse con toda franqueza acerca de la ruptura de él por parte del emperador de los franceses.

"*Los franceses exigen mi salida para arreglarse con Ortega, y hacer pagar á México; mi permanencia salva el pays de este peligro, tanto mas que yo quebro el tratado de aduanas. Vuelta á México, entrevista en Puebla con Danó y Castelnau.*" Así se espresa en sus apuntes el emperador, al mencionar los acontecimientos de Orizaba.

Cerca de ocho dias permaneció Maximiliano en Xonacá. Allí volvió á emprender sus escursiones con el profesor Bilimek y conmigo; pero hubo que desistir de ellas, por ser

áridas y esterilísimas las cercanías, y escasa la cantidad de insectos. En las horas de descanso se ocupaba, como solia hacerlo en Orizaba, en dibujar el parque de Miramar y la abadía de Lacroma. Despues de comer, se tiraba al blanco en el jardin, con pistola. El padre Weber, confesor del emperador y capellan del cuerpo austriaco, un dia que fué invitado á comer sostuvo perfectamente su parte en aquel ejercicio; mientras por el contrario, el profesor Bilimek que es tan nervioso no podia soportar el estallido del arma, y siempre andaba apartándose de allí. El padre Fischer, que habia obtenido el nombramiento de secretario de gabinete efectivo, era asiduo concurrente á aquella diversion.

De Xonacá se dirigió el emperador á Puebla, yendo á habitar el palacio episcopal.

Por aquellos dias, ya se habia regularizado mas el despacho de los asuntos en el gabinete del emperador.

Conferenciaba de continuo S. M. con el padre Fischer y con los ministros, y ya no estuve yo, sino raras veces, al tanto de los negocios, bien que la mayor parte versaban sobre hacienda ó guerra, y por consiguiente me eran de todo punto estraños. Al dejar á Orizaba el emperador y al regresar á México, habia obrado, en lo general, conforme á las miras de sus ministros y de los conservadores; su conducta era, pues, tanto mas decidida, cuanto que las mas de las veces su opinion iba de acuerdo con la del ministerio. Obedecia ya enteramente á su propia inspiracion, y yo entónces me limité al papel de observador y espectador; su único consejero era entonces el padre Fischer. Esto no quiere decir que yo hubiese perdido ni en un ápice su antigua benevolencia; la verdad es, que yo voluntariamente me abstuve de manifestar mi opinion á no ser que me la pidiesen. Pero al mismo tiempo, mientras mas oscuro me parecia el porvenir, tanto mas crecia en mí el deber de hacer imposible la inculpacion de que esquivaba yo el peligro.

Todavía en Orizaba, y ya decidido el emperador á volverse á México, me pidió mi parecer; yo le contesté sin reticencias, que si perseveraba en su designio de abandonar el pais, me parecia muy racional que su abdicacion la hiciese en buena y válida forma. No desperdicié nunca las ocasiones de espresarme claramente y sin miramientos en apoyo de la abdicacion en dicho sentido; pero todo fué en vano. El emperador, lleno de confianza en sus ministros y en las ofertas de estos, iba caminando paso á paso á su trágico fin.

Hasta qué punto fuesen los ministros dignos de tal confianza, y cómo la justificaron con sus actos, bastará á probarlo el hecho siguiente, realmente característico.

A fines de Diciembre, entré un dia en el gabinete del emperador, á la sazon que salia Campos, el sub-secretario de Hacienda. "Este sí que es un hombre de bien," me dijo Maximiliano señalándome á Campos; "me ha dado la plena seguridad de que comenzando el año nuevo desaparecerá el déficit."

Bien sabia Campos que no estaba él en aptitud de aliviar en lo mas mínimo las angustias del erario, así como tambien lo poco que habia que esperar de las nuevas contribuciones. Era tanto menos disculpable al dar al emperador esperanzas de mejora en la Hacienda, cuanto que lo hacia en los momentos en que acababa de suspenderse el único ramo de ingresos del imperio, es decir, los derechos de la aduana de Veracruz.

La confiscacion de dicha aduana habia sido uno de los últimos actos violentos de parte de los franceses. Segun el tratado de 30 de Julio de 1866, la mitad de los derechos aduanales cuotidianos del puerto de Veracruz, debia consignarse á los franceses. Desde el punto y hora en que Napoleon rompió los tratados anteriores, no habia razon para que el emperador continuase obligado á la observancia de una convencion especial, renunciando en favor de la Fran-

cia el último recurso financiero que le quedaba. Maximiliano, á pesar de la intimacion que Danó, encargado de negocios, le hizo sobre que no cambiara nada en el particular, podia muy bien dar órden lisa y llanamente á su ministro de Hacienda, para que se quitase á los franceses el participio en los derechos de la aduana. Pero los franceses recurrieron á la arbitrariedad, y á principios de Noviembre plantaron al lado de la aduana mexicana una oficina suya, cuyo gefe Mr. Maintenant, á despecho de las protestas del ministro de Hacienda, cobraba tranquilamente los derechos.

Despues de haber intentado en vano nuevos arreglos, despues de que el mariscal Bazaine salió del paso con decir que todas aquellas disposiciones habian sido dictadas directamente por el ministerio de Hacienda frances, no le quedó al mexicano otro recurso que declarar prohibido el que se sacasen de la aduana las mercancías que no hubiesen pagado derechos á la oficina mexicana. El 2 de Enero apareció en el *Diario del imperio* la siguiente notificacion al comercio:

"Estamos autorizados para poner en conocimiento de los comerciantes que llegan de Veracruz con mercancías procedentes de aquella aduana sin estar provistas de los documentos que prescriben las leyes del país, que el Sr. Maintenant, quien ha publicado una notificacion sobre el particular, no está investido de la autoridad competente para facultar á los comerciantes á que saquen sus mercancías; los que lo hicieren á pesar de lo dicho, sin poder probar que han satisfecho en la oficina mexicana los correspondientes derechos, serán denunciados al fisco para los efectos consiguientes."

Semejante declaracion del ministro de Hacienda no sirvió mas que para hacer mas atrevido al Sr. de Maintenant; éste contestó con un ataque directo á la soberanía del imperio,

publicando en la *Ere nouvelle*, órgano del mariscal, una notificacion dirigida al comercio, en la que ofrecia la proteccion de la Francia para la estraccion de las mercancías que no hubiesen pagado los derechos prescritos, mientras establecia sus agentes en la aduana de México.

La protesta del sub-secretario de Relaciones Pereda al ministro Danó, con motivo de la dicha notificacion, no fué mas que una defensa tan débil contra la arbitrariedad de la Francia, que no cambió en un ápice el estado de las cosas. Tampoco sirvió de nada un nuevo aviso publicado en el *Diario* del 7 de Enero análogo al anterior, con respecto á la conducta de los franceses:

"No están facultados los franceses para poner agentes en la aduana de la capital que aseguren la estraccion de las mercancías, en virtud de que, aun cuando se observase estrictamente la convencion de 30 de Julio, la accion de los empleados franceses quedaria limitada á solo los puertos de mar, sin poder estenderse á las aduanas interiores."

No sé si el Sr. Danó y el Sr. Maintenant contestaron á esta nueva protesta; lo cierto es, que no hubieron de cambiar de conducta, puesto que el producto de las aduanas continuó siendo escaso ó nulo.

En semejante situacion, ¿cómo pudo el Sr. Campos tener la impudencia de prometer al emperador que pronto cesaria el déficit? Esta y otras cosas por el estilo, él y los demás ministros tendrán que arreglarlas con su conciencia.

Salió de Puebla el emperador el 3 de Enero, despues de haber hecho la víspera una visita á Cholula, distante cosa de tres leguas y media, en donde se alza la pirámide descrita por Humboldt. Acompañámosle á esta escursion el egiptólogo Reinisch, el coronel Schaffer, el profesor Bilimek, el capitan Groller, comandante de la *Elisabetta*, el capitan Nauta, comandante del *Dandolo*, y yo.

El 5 llegamos á la hacienda de la Teja, que es propiedad de un español y dista un cuarto de hora de la capital; allí se estableció provisionalmente el emperador.

Todo su viage de Orizaba me hizo la impresion de un acto nada espontáneo; parecia que una mano amiga trataba de detenerle, no abandonándole sino con pesar á su destino. Se caminaba lentamente, se hacian frecuentes paradas.

Entre tanto, las opiniones con respecto al emperador, ya favorables, ya hostiles, habian tomado en la capital un carácter tan decidido, que algunos partidarios del imperio á quienes ligaba simpatía personal con el emperador, al ver la perspectiva que presentaba el porvenir se declararon opuestos á su permanencia ulterior en el país. Entre estos se contaban los miembros del gabinete liberal Fernando Ramirez, Escudero y Robles Pezuela, quienes juzgaron que el partido mas prudente era espatriarse, no queriendo esperar á verse envueltos en la ruina del imperio y del emperador.

En la Teja se despidieron de Maximiliano, para quien fué muy sensible la partida de Ramirez, al cual solia llamarle siempre *su amigo*, á pesar del desprecio con que de él hablaban los conservadores. Me dijo: "Lloraba Ramirez, y á mí tambien se me nublaron los ojos; se ha despedido de mí deseando que no se realicen sus negros presentimientos."

En el mismo lugar, y el dia mismo en que partió el comisario imperial Robles Pezuela, quien habia conjurado al emperador á que se volviese á Europa, me participó este bajo la impresion de la escena de despedida, y por la última vez antes que nos moviésemos hácia Querétaro, que estaba decidido á permanecer en México solo unos cuantos meses. "No me detendré, me dijo, por ningun motivo sino pocos meses, para dejarlo todo arreglado. ¿Cree V. que mi permanencia ulterior en México podrá ser perjudicial á mi salud, que volverán las intermitentes?" Creí yo entónces que debia aprovechar esta oportunidad, y en mi respuesta fuí tan

léjos como era permitido á un médico para con un príncipe. "No veo peligro, díjele, para la salud de V. M. en detenerse por ahora en México; pero sí temo mucho que una permanencia ulterior ponga en riesgo la vida de V. M."

"Lo que es eso, me importa poco," repuso volviéndose á otro lado. Desde entónces no volvió á hablarme sobre el particular.

En la Teja vivia el emperador de la misma manera que en Chapultepec: comia con las personas de su pequeña Corte, y diariamente invitaba á alguno á su mesa.

En diversos dias fueron convidados el arzobispo de México y el obispo de Puebla. El primero se presentó con toda la pompa correspondiente á su elevada dignidad, y trató de hacer valer su categoría de príncipe de la Iglesia. Terminada la comida, se pasó como solía hacerse en Chapultepec, á otra sala en donde se distribuyeron cigarros, y el emperador despues de haberse detenido cosa de media hora mas con sus convidados, se retiró. El ceremonial con que se despidió el arzobispo fué sobrado estraño, y contrastaba singularmente con las maneras sencillas del emperador para con todas las personas que se le acercaban. El melífluo prelado, como quien pide homenages, tendió su mano para que la besasen todos; solo el padre Fischer y los mexicanos se prestaron á semejante acto; los europeos se limitaron á manifestar á monseñor su respeto con un buen apreton de manos.

A mediados de Enero se trasladó el emperador, de la Teja á México.

A gran prisa se acercaba el momento de la partida de los franceses, y urgía mas que nunca la formacion de las tropas que debian sustituirles. Entónces se crearon el regimiento de húsares de Khevenhuller, el de infantería de Hammerstein, y el de *Cazadores del emperador* mandado por el coronel mexicano Moso. Estos tres cuerpos, así como el de gendar-